


# **Fresas silvestres**

**ANGELA THIRKELL**

Traducción de Patricia Antón

gatopardo ediciones 

Título original: *Wild Strawberries*

© The Estate of Angela Thirkell, 1934

© de la traducción: Patricia Antón, 2019

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2019

Rambla de Catalunya, 131, 1<sup>º</sup>-1<sup>ª</sup>

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: abril de 2019

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: Cadhay House, Devon, Inglaterra

Fotografía de Alison Day

Imagen del interior: North End House, Rottingdean

Imagen de la solapa: Angela Thirkell (1938),

fotografía de Howard Coster

© National Portrait Gallery, Londres

ISBN: 978-84-17109-65-3

Depósito legal: B-5202-2019

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



North End House, en Rottingdean, propiedad de sir Edward Burne-Jones, el abuelo de Angela Thirkell, donde la escritora pasó largas temporadas.



En Rushwater, el pastor de la iglesia de Santa María miraba con gesto nervioso por la ventana de la sacristía, que daba a una portezuela en el muro del cementerio. A través de ella, la familia Leslie había acudido a la iglesia con distintos grados de impuntualidad desde que el pastor se hallaba en Rushwater, y no parecía probable que hubieran sido más puntuales antes de que él asumiera el cargo. Era un tributo a la personalidad de lady Emily Leslie, reflexionó el pastor, que quienes vivían con ella, incluidos los huéspedes del fin de semana, acabaran contagiándose de su impuntualidad. A su llegada a Santa María, los cuatro hijos de los Leslie aún estaban bajo la tutela de sus niñeras. Cada domingo era presa de la exasperación al ver entrar a la familia entera en pleno acto penitencial, mientras lady Emily dejaba caer devocionarios y fulares y les indicaba a todos, en cariñosos susurros perfectamente audibles, dónde debían sentarse. Durante la guerra, el hijo mayor había estado en Francia, y John, el segundo, en alta mar, y Rushwater House se convirtió en sanatorio. Pero la vitalidad de lady Emily no disminuyó ni un ápice, y su asistencia al oficio religioso matutino resultaba más irritante que nunca para el abrumado

pastor cuando la dama escoltaba a sus pacientes convalecientes hasta su banco, prestándoles una ayuda innecesaria con las muletas, cambiando de sitio los cojines reclinatorios, cubriendo con chales a aquellos hombres agradecidos y avergonzados para protegerlos de imaginarias corrientes de aire, hablando en penetrantes susurros que distraían al pastor de su liturgia, comportándose, en general, como si la iglesia fuera la casa de una amiga. Hubo un momento en que creyó su deber rogarle, por el bien de los demás feligreses, que fuera un poco más puntual y un poco menos mandona. Pero antes de reunir el valor suficiente para hacerlo, le llegó la noticia de la muerte del hijo mayor. El domingo siguiente, cuando el párroco vio el hermoso rostro de lady Emily pálido y devastado por el dolor, juró en sus oraciones que jamás se permitiría volver a criticarla. Y aunque ese domingo la dama había hecho gala de tanto ajeteo con los cojines reclinatorios, velando por la comodidad de sus soldados heridos, que hasta ellos mismos desearon fervientemente hallarse de vuelta en el hospital, y aunque había ideado un sistema de comunicación silenciosa con Holden, el sacristán, para que éste cerrara una ventana, atrayendo con ello la atención de la congregación entera, el pastor no había faltado a su promesa, ni en aquel momento ni nunca a partir de entonces.

En la boda de su hija Agnes con el coronel Graham, lady Emily había sido puntual por una vez, pero sus intentos de recolocar a las damas de honor durante la ceremonia, y su insistencia en abandonar su banco para proporcionarle a la madre del novio un cantoral que ésta no quería para nada, habían sido una parte fundamental de la boda. En cuanto a la confirmación de David, el menor de los hermanos, el pastor todavía se despertaba temblando de madrugada al recordar la recepción que lady Emily había estimado oportuno ofrecer después en el presbiterio,

aunque al parecer eso no había ofendido en lo más mínimo al obispo.

Rushwater la adoraba. El pastor sabía muy bien que Holden prolongaba deliberadamente el último tañido de las campanas para darle a lady Emily la ocasión de llegar a tiempo, pero nunca había tenido el valor para acusarlo de ello. Justo entonces la portezuela se abrió con un chasquido y la familia Leslie entró en el cementerio. El pastor sintió un gran alivio. Se apartó de la ventana y se dispuso a hacer su entrada en la iglesia.

El grupo familiar llegado de Rushwater House era numeroso. Lady Emily, últimamente algo incapacitada por la artritis, caminaba apoyándose en un bastón negro y cogida del brazo de su segundo hijo, John. A su otro lado iba el marido. Agnes Graham los seguía con dos niñeras y tres hijos. Luego venía David con Martin, el nieto mayor de los Leslie, un colegial de unos dieciséis años. Era a su padre a quien habían matado en la guerra.

Lady Emily hizo que su procesión se detuviera en el porche.

—Bueno, Tata —dijo—, espera un momentito y decidiremos dónde se sienta cada cual. Vamos a ver, ¿quién va a comulgar?

Ambas niñeras desviaron la mirada con cara de circunstancias.

—Ya veo que tú no, Tata, y supongo que Ivy tampoco —concluyó lady Emily.

—Ivy puede ir a comulgar temprano el día que ella quiera, milady —repuso Tata con gélida tolerancia—. Yo es que soy metodista.

A lady Emily se le demudó el rostro.

—Agnes —exclamó, apoyando una mano enguantada en el brazo de su hija—, pero ¿qué he hecho? No sabía que Tata fuera metodista. ¿Podríamos conseguir que uno de los

hombres la lleve al pueblo, si no es demasiado tarde? Me temo que es el día libre de Weston, pero diría que alguno de los demás podrá conducir el Ford. ¿O ya da igual?

Agnes Graham posó sus adorables y plácidos ojos en su madre.

—No pasa nada, mamá —dijo con su voz dulce y agradable—. A Tata le gusta venir a la iglesia con los niños, ¿verdad que sí, Tata? Para ella no cuenta como religión.

—Me crié según el proverbio «Hágase tu voluntad y no la mía», milady —comentó Tata introduciendo un repentino sesgo de reproche en la conversación—, y soy muy consciente de mis obligaciones. Pequeño, no te quites esos guantes, o la abuelita no te llevará a ese precioso oficio religioso.

—Por el amor de Dios, Emily —interrumpió el señor Leslie acercándose, alto, lozano y robusto, un hombre acostumbrado a salirse con la suya excepto en lo concerniente a su mujer—. Por el amor de Dios, no te entretengas ahí charlando. El pobre Banister está dando brincos en el púlpito y Holden ha dejado ya de tocar a clamor. Vamos, venid ya.

Nadie sabía si el señor Leslie era tan ignorante en cuanto a las cuestiones eclesiásticas como pretendía, pero desde sus años mozos había adoptado la actitud de que una palabra era tan buena como cualquier otra.

—Pero Henry, la cuestión de la comunión es importantísima —contestó lady Emily muy seria—. Los que quieran escabullirse deben sentarse en los extremos del banco, y los que quieran quedarse, han de sentarse en medio para no armar tanto jaleo. Yo debo sentarme en un extremo, porque la rodilla se me pone muy rígida si me siento en medio, pero si me pongo en el segundo banco con Tata e Ivy y los niños, todos podrán pasar por delante de mí sin mucho problema, ¿verdad, Tata?



—Sí, milady.

—Bueno, pues muy bien: tú te sentarás en el primer banco, Henry, con Agnes y David y Martin, y el resto nos pondremos detrás. Sólo que procura sentar a Agnes a la derecha en el sitio más cerca de la pared, porque ella se queda a comulgar, y si la pones en el otro extremo, tendrás que pasarle por delante y los chicos también.

—Pero Martin y yo no nos quedamos a comulgar —intervino David.

—¿No, cariño? Bueno, como queráis. Es una pena, en cierto modo, porque al pastor le encanta tener la sala llena, pero lo que quería decir es que, si Agnes se sienta en la punta, tanto tú y tu padre como Martin tendréis que pasarle por delante, no que vuestro padre tenga que pasar por delante de ella y de vosotros.

Para entonces, Tata, una joven de personalidad fuerte y lo bastante buena para aguantar a sus patrones por el bien de los críos que engendraban, había conducido a los niños al segundo banco y los había distribuido con ella e Ivy intercaladas de manera que no hubiera dos críos sentados juntos. El resto del grupo los siguió para sentarse entre las hileras de feligreses ya arrodillados. Justo al llegar a la altura del banco de las niñas, lady Emily exclamó en voz alta:

—¡John! Me había olvidado de John. Si tú no quieres comulgar, John, harás mejor en sentarte delante con David y Martin y los demás, pero deja que tu padre se siente en el extremo.

John ayudó a su madre a instalarse en su banco, y luego se deslizó en el de detrás. Lady Emily dejó caer el bastón, que se estrelló con estrépito contra el pasillo. John se levantó y se lo tendió a su madre, que le brindó una sonrisa radiante y le dijo en un aparte bien audible:

—Verás, yo no puedo arrodillarme por mi pierna tiesa, aunque mi alma sí que está de rodillas.

Pero antes de que su alma pudiera dedicarse a sus devociones, la dama se inclinó para darle unos golpecitos en el hombro a su marido.

—Henry, ¿estás mirando las lecturas?

—¿Cómo? —preguntó el señor Leslie en pleno Salmo 95.

Lady Emily pinchó a Agnes con el bastón.

—Cariño —dijo en susurros que todos oyeron perfectamente—, ¿va a encargarse tu padre de las lecturas?

—Claro que sí —respondió el señor Leslie—. Siempre lo hago.

—Bueno, ¿y cuáles son? —insistió lady Emily—. Quiero buscárselas en la Biblia a los niños.

—No lo sé —repuso el señor Leslie con irritación—. No es asunto mío.

—Pero, Henry, tienes que saberlo.

El señor Leslie se volvió en redondo y miró furibundo a su mujer.

—No lo sé —repitió, enrojeciendo por el esfuerzo de susurrar, pero airadamente y de forma audible—. Holden me pone puntos para señalarlas. Mira en tu devocionario, Emily; las encontrarás todas en el primer número de la Bestia o por ahí.

Tras haber transmitido esa información errónea, se dio la vuelta de nuevo y siguió con sus cantos. Cuando anunció la primera lectura desde el atril, su mujer repitió en voz alta el libro, el capítulo y el versículo en cuestión, y añadió:

—Recordadlos bien todos.

Procedió entonces a buscar afanosamente en la Biblia. El hijo mayor de Agnes, James, de sólo siete años, observó sus esfuerzos con cierta impaciencia.

—Ábrela por cualquier sitio y ya está, abuelita —murmuró.

Pero su abuela insistió no sólo en encontrar el punto exacto, sino en señalárselo a los ocupantes de ambos bancos. Para cuando comenzó la segunda lectura, no sabía dónde había metido las gafas, de modo que James se ocupó de encontrar el punto preciso por ella. Mientras el niño hacía eso, lady Emily se inclinó hacia Tata y le dijo:

—¿Tenéis lecturas en la Iglesia metodista?

Pero Tata, que sabía bien cuál era su sitio, fingió no haberla oído.

Cuando el pastor se embarcó en su bienintencionado e insulso sermón, James se acurrucó contra su abuela. Ella lo rodeó con el brazo y permanecieron así, juntitos y cómodos, pensando cada cual en sus cosas bien dispares. Siempre que se sentaba en su banco, lady Emily no dejaba de pensar en sus queridos muertos: su primogénito enterrado en Francia, y la mujer de John, Gay, que al cabo de un año de felicidad lo había dejado viudo y sin hijos. John había abandonado la Armada después de la guerra para dedicarse a los negocios, y le iba bien, pero su madre se preguntaba a menudo si alguien, o algo, volvería a ser capaz de despertar su corazón. Siempre que lo pillaba desprevenido, su corazón de madre se le partía ante la dureza que veía en su semblante. El resto del tiempo parecía contento: prosperaba, andaba pensando en ser miembro del Parlamento, ayudaba a su padre con la finca, ejercía de tío amable con Martin y los hijos de Agnes, asistía a bailes, obras de teatro y conciertos en Londres, cabalgaba y cazaba en la campiña. Pero lady Emily tenía a veces la sensación de que si lo abordara en silencio y sin previo aviso por la espalda, se encontraría tan sólo con una máscara hueca.

Y luego estaba Martin, que se parecía hasta un punto absurdo a su padre muerto y era tan feliz como puede llegar a serlo cualquier chaval de dieciséis años que se sabe adulto. Su madre se había vuelto a casar, y aunque Martin se

llevaba de maravilla con su padrastro estadounidense, había hecho de Rushwater su hogar, para la gran y secreta alegría de sus abuelos. Herencias e impuestos de sucesiones no eran términos que preocuparan gran cosa a Martin. Sabía que Rushwater sería suya algún día, pero con la despreocupación de la juventud, confiaba en que sus mayores vivirían eternamente. En ese momento, sus pensamientos más acuciantes se centraban en la posible compra de una bicicleta de motor por su decimoséptimo cumpleaños, y en la esperanza de que su madre olvidara el plan de mandarlo a Francia durante una parte de las vacaciones de verano. Sería intolerable verse obligado a ir a ese horrible país extranjero cuando uno podía estar en Rushwater y jugar en el equipo del pueblo contra los de los alrededores. Además, quería hallarse en Inglaterra si David conseguía por fin ese trabajo con la BBC.

David debería haber sido en teoría «el tío David», pero aunque Martin le concedía obedientemente dicho título a su tío John, David y él se trataban como iguales. David sólo le llevaba diez años, y no era la clase de tipo al que uno consideraría su tío; era más bien como un hermano mayor, aunque no andaba con tantas reprimendas, como algunos hermanos mayores. David era la persona más perfecta que cabía imaginar, y cuando él fuera mayor sería, con un poco de suerte, exactamente como David. O sea que, como David, bailarían de maravilla, tocaría y cantarían los últimos éxitos del jazz, sería presidente de la sociedad dramática de su facultad, escribiría una obra de teatro que se representaría una vez, en domingo, publicaría una novela que sólo leería la gente entendida de verdad, y quizá, aunque Martin evitaba pensar mucho en ese tema, tendría montones de chicas enamoradas de él. Aunque no le durarían mucho.

Huelga decir que las cualidades que despertaba en Martin ese culto al héroe no eran exactamente las mismas

que más valoraban los padres de David. De haber tenido que ganarse la vida, David se habría visto en serias dificultades. Pero, gracias a la debilidad mal entendida que sentía por él una tía, llevaba ya unos años independizado. Así que vivía en la ciudad y ansiaba hacer sus pinitos en el escenario, el cine y la radio, y de vez en cuando su buena pinta, su facilidad de trato y sus rentas le permitían conseguir un empleo, aunque no por mucho tiempo. Y, como suponía Martin, montones de chicas se habían enamorado de él. Cuando los Leslie anhelaban que David sentara cabeza en un trabajo que fuese duradero, nunca dejaban de recordarse mutuamente que la casa no sería la misma si David no estuviera en ella a menudo.

Los pensamientos del señor Leslie se centraban en parte en lo bien que había esquivado un nombre complicado en la primera lectura, tosiendo y volviendo ruidosamente la página al toparse con él, y en parte en un toro joven que se proponía pasar a ver después del almuerzo; y, a ratos, en por qué Emily no podía ser como todo el mundo.

En cuanto a John, miraba cómo su madre rodeaba a James con el brazo en el banco de delante y deseaba, con ese pesar que nunca dejaba de oprimirle el corazón, que hubiera alguien a quien poder abrazar, aunque fuera por unos instantes, incluso con la mayor frialdad, sin serle desleal a Gay, sólo por no sentir aquel vacío a su lado, día y noche.

—Pero supongo que no podría hacerlo en la iglesia —pensó en voz alta, y entonces, como digno hijo de su madre, a punto estuvo de soltar la carcajada por sus propios pensamientos y tuvo que fingir que estaba resfriado. Por suerte, el sermón llegó a su fin en ese preciso momento y su voz no llamó la atención entre el ajeteo de pies.

Justo entonces, su madre, soltando a James, declaró con tono de nerviosismo:

—Éste parece un buen momento para escabullirse.

John se inclinó hacia ella.

—Aún no podemos, madre —susurró—; debemos quedarnos hasta que pasen el cepillo.

Su madre asintió con energía y le pidió a James que le buscara su bolso. Tras un prolongado trajín, éste apareció bajo el cojín reclinatorio, justo cuando el cepillo llegaba a su altura. El señor Leslie metió en él unos billetes y lo pasó de mano en mano en su banco hasta Agnes, que se lo tendió a Tata en el banco de atrás. Los dos niños pequeños metieron en él sus monedas de seis peniques, pero James se limitó a sonreír y mostrar las manos vacías.

—Toma —le dijo John, alcanzándole seis peniques.

—Gracias, tío John —repuso James, aceptándolos—, pero el abuelo dona dinero a la iglesia, así que no hace falta que demos nada.

Aparte de arrancarle la moneda a James a la fuerza, no había nada que hacer. Las niñas y sus pupilos pasaron en fila ante lady Emily y salieron de la iglesia, seguidos por los hombres. Sólo Agnes se quedó con su madre.

John y su padre se paseaban bajo el sol, junto al murete del cementerio, hablando sobre el joven toro.

—¿Qué nombre le has puesto por fin, padre? —quiso saber John.

Bautizar a los toros del señor Leslie era una cuestión de gran relevancia. Todos llevaban de primer nombre *Rushwater*, seguido de otro que debía empezar por R. Su propietario, que los criaba en persona, le daba mucha importancia a este asunto, e intentaba ponerles nombres que a los ganaderos argentinos que solían comprarlos no les costara pronunciar. Pero la cantidad de nombres que, en opinión del señor Leslie, podían adaptarse fácilmente a la lengua española ya casi se había agotado, y últimamente había de-

dicado buena parte de su tiempo y de sus conversaciones a ese tema.

—Había pensado en *Rackstraw* o *Richmond* —dijo sin demasiada convicción—, pero no me suenan lo bastante españoles.

—¿Qué dice Macpherson?

El señor Leslie soltó un bufido de irritación.

—Macpherson bien puede llevar treinta años aquí de capataz, pero sólo se le ha ocurrido sugerir *Rannoch*. ¿Cómo cree que un argentino va a poder decir «*Rushwater Rannoch*»?

John admitió la dificultad que suponía, al tiempo que no dejaba de preguntarse por qué los argentinos deberían ser menos inteligentes incluso que otras personas.

—Y ahora ha surgido este asunto del arriendo de la casa del párroco. Banister va a estar fuera en agosto y quiere alquilarla. Es un condenado fastidio.

—Pero los inquilinos de Banister no deberían preocuparte, padre.

—Mencionó algo sobre unos forasteros —explicó el señor Leslie—. Una gente a la que encontró en algún lugar foráneo. Está visto que uno no puede tener paz. Tu madre los invitará a cenar con nosotros dos veces por semana. Debería pasarme el mes de agosto en el extranjero.

—Allí hay forasteros a montones —le recordó John.

—Sí, pero están donde les corresponde. Es aquí donde no los queremos. «Compra productos británicos», ya sabes. De no ser por los extranjeros, nos iría mucho mejor.

—Entonces no tendrías argentinos para comprar tus toros de primera.

—Cuando digo extranjeros, me refiero a alemanes, franceses y esa gente —terció el señor Leslie, que parecía hacer una sutil distinción entre las diferentes ramas de razas no angloparlantes.

—¿Y no son los argentinos extranjeros también? —preguntó John con cierta malicia.

—Cuando yo era niño, con «extranjeros» queríamos decir franceses, alemanes e italianos —repuso con dignidad el señor Leslie.

En ese momento, lady Emily salió de la iglesia con Agnes. El marido y el hijo fueron a su encuentro.

La dama se sentó en un banco del porche y se envolvió con un largo fular de color lavanda, sin parar de hablar.

—Henry, estaba pensando en la iglesia que si la sobrina de Agnes, aunque de hecho es la sobrina de su marido, pero Agnes la adora, va a venir a pasar el verano con nosotros, deberíamos celebrar un baile por el cumpleaños de Martin en agosto. Quizá un partido de críquet primero, y luego un baile. Agnes, querida, a ver si consigues encontrar la otra punta de mi fular y me la das..., no, esa punta no, ésa ya sé dónde está..., la otra, tesoro. Eso es. Qué fastidio es esto de tener que quitarte los guantes para la comunión, porque casi siempre se me olvida y luego hago esperar al señor Banister.

Para entonces, se había envuelto la cabeza con el fular y hecho un elaborado turbante, muy favorecedor para su rostro demacrado y bello, con su delicada nariz aguileña, los labios finos y bien definidos y los ojos oscuros y brillantes. Se incorporó con ayuda del brazo de John.

—Ahora pásame el bastón, Henry, y podrías echarme ese chal sobre los hombros, y creo que no voy a ponerme los guantes sólo para ir de aquí a casa. ¿De qué habéis estado hablando tu padre y tú, John?

—De toros, madre, y de extranjeros. Padre dice que se irá fuera del país si Banister alquila la casa del párroco a inquilinos poco apropiados.

—No, Henry —exclamó lady Emily deteniéndose en seco y dejando caer el bolso—, no puede ser. Al señor Banister le sentaría mal.



—Bueno, querida —respondió su marido recogiendo el bolso—, él mismo se marcha al extranjero, y no veo por qué es asunto suyo adónde vaya yo.

—Debemos conversar largo y tendido sobre esto —concluyó lady Emily echando a andar de nuevo para cruzar la portezuela del cementerio y entrar en su propia roaleda—, lo debatiremos todos en el almuerzo. Se me ha ocurrido, durante ese incómodo intervalo cuando la gente que no se queda a comulgar huye de la iglesia, que sería una buena idea arreglar el techo del pabellón antes de que empiece el críquet. Henry, ¿querrás hablar del tema con Macpherson?

—Ya hablé con él, Emily, en octubre pasado, y el techo lleva arreglado seis meses.

—Claro, por supuesto —repuso lady Emily deteniéndose para recolocarse el chal, que le arrastraba por el suelo—. Debo de haber estado pensando en ese pequeño cobertizo que hay junto al aserradero, donde David dejaba a veces su bicicleta. ¿O habrá sido en otra cosa? En la iglesia, los pensamientos se me confunden muchísimo.

Como nadie parecía capaz de averiguar qué había estado pensando en realidad, la dama echó a andar de nuevo, dejando una estela de pertenencias para que las recogiera su familia, y desapareció en el interior de la casa.